

XXIII.

SANTA CATALINA.

La parte de la provincia de Santa Catalina, donde naufragamos, al recibir la noticia que las fuerzas republicanas se acercaban, se sublevó felizmente contra el emperador; en vez de hallar enemigos, encontramos aliados; en lugar de ser combatidos, fuimos obsequiados; tuvimos pues al instante mismo todos los medios de transporte que podian ofrecernos los pobres habitantes á quienes pedimos la hospitalidad.

El capitán Baldonino me dió su caballo, y nos pusimos en marcha para reunirnos con la vanguardia del general Canavarró, mandada por el coronel Texeira, que marchaba con toda la rapidez posible, dirigiéndose á la laguna de Santa Catalina, con la esperanza de sorprenderla (1).

Debo de confesar que no tuvimos gran mal en apoderarnos de la pequeña ciudad que manda la

(1) Esta provincia de Santa Catalina es la que el emperador del Brasil dió por dote á su hermana, cuando casó con el príncipe de Joinville.

laguna, y que la ha dado su nombre. La guarnición batió precipitadamente en retirada, y tres buques pequeños de guerra se rindieron despues de un débil combate; yo pasé con mis náufragos á bordo de la goleta *Itaparika*, armada con siete piezas de artillería.

Durante los primeros dias de esta ocupacion, la fortuna parecia haber hecho un pacto con los republicanos: no creyendo los imperiales en una invasion tan repentina, de la que no tenian mas que noticias vagas, mandaron proveer la laguna de armas, municiones y soldados; oro, armas, municiones y soldados llegaron cuando nosotros éramos dueños de la ciudad, y, por consiguiente, cayeron en nuestras manos sin costarnos mucho trabajo; respecto de los habitantes, estos nos acogieron como hermanos y como libertadores, título que nosotros no supimos justificar durante nuestra residencia en medio de esa poblacion amiga.

Canavarró estableció su cuartel general en la ciudad de la laguna, bautizada por los republicanos Giuliana, porque entraron en ella el mes de julio. Prometi6 la ereccion de un gobierno provincial, del que fué primer presidente un sacerdote venerable que ejercia un gran prestigio, sobre todo en ese pueblo; Rossetti, con el título de secretario del

gobierno, fué verdaderamente el alma ; es verdad que Rossetti estaba cortado para todos los empleos.

Todo marchaba prodigiosamente : el coronel Teixeira, con su valiente columna de vanguardia, habia perseguido al enemigo hasta que le forzó á encerrarse en la capital de la provincia, y se habia apoderado de la mayor parte del país, pues por doquiera nos recibian con los brazos abiertos, y recogimos un buen número de desertores imperialistas.

Grandes y magníficos proyectos habia concebido el general Canavarro, soldado leal á toda prueba : áspero en apariencia, y de muy buen fondo, tenia por costumbre decir que de la laguna de Santa Catalina saldria el gigante que devoraria el imperio, y acaso hubiera dicho la verdad, si se hubiera provisto á esa expedicion con mas juicio y prevision ; pero nuestras orgullosas maneras para con los habitantes del país y la insuficiencia de medios, hicieron perder el fruto de esta brillante campaña.

XXIV.

UNA MUJER.

Nunca habia yo pensado en el matrimonio, y me consideraba incapaz de ser un buen marido, vista mi demasiada independencia de carácter y mi irresistible vocacion por la vida de las aventuras ; — tener una mujer é hijos me parecia una cosa soberanamente imposible al hombre que ha consagrado su vida á un principio cuyo éxito, por completo que sea, no debe jamás darle el sosiego necesario á un padre de familia : despues de la muerte de Luis, de Eduardo y de mis otros compañeros, me hallaba en un aislamiento completo, y me parecia estar solo en el mundo.

No me habia quedado ni uno solo de esos amigos, de los cuales el corazon tiene necesidad lo mismo que la vida la tiene de alimento. — Los que habian sobrevivido, como queda dicho, me eran extranjeros ; sin duda eran almas valientes y buenos corazones ; pero hacia poco tiempo que los conocia para estar en intimidad con ellos. En el inmenso vacío que hizo á mi alrededor la terrible catástrofe, sentia yo la

necesidad de un alma que me amara; sin esta alma, la existencia me era insoportable, casi imposible. — Volví á ver á Rossetti, — es decir un hermano; pero Rossetti, ocupado en los deberes de su cargo, no podía vivir conmigo, y apenas lo veía una vez por semana. Tenía pues necesidad, como he dicho, de alguien que me amara, que me amara sin dilación. Además, la amistad es el fruto del tiempo: le son necesarios años para madurar, mientras que el amor es el relámpago, é hijo de la tormenta á veces. Empero ¿qué importa? yo soy de los que prefieren las borrascas, cualesquiera que sean, á las bonanzas de la vida, á la tranquilidad del corazón.

Una mujer pues me era necesaria; solo una mujer podía curarme; una mujer, es decir, el único refugio, el solo ángel consolador, la estrella de la tempestad; una mujer es la divinidad que no se implora nunca en vano, cuando se implora con el corazón, y sobre todo cuando se implora en el infortunio.

Con ese incesante pensamiento, de mi cabina de la *Itaparika* volvía mi vista hácia la tierra. — El límite de la Barra estaba tocando, y de mi bordo veía yo lindas muchachas, ocupadas en diversos trabajos domésticos. — Una de ellas me llamaba la atención con preferencia á las otras. — Recibí la ór-

den de desembarcar, y en seguida me dirigí hácia la casa á donde hacia tiempo fijaba mi vista; mi corazón temblaba, pero encerraba una de esas resoluciones que se llevan á cabo. — Un hombre me invitó á que entrase en la casa, — yo hubiera entrado aunque me lo hubiese prohibido; — habia visto á ese hombre una sola vez. Ví la doncella y la dije: «Virgen, tú serás para mí!» Por esas palabras creé yo un lazo que solo la muerte podía romper.

— Hallé un tesoro prohibido, pero un tesoro de tal precio! ... Si hubo una falta cometida, la culpa era mia. — Esto fué una culpa si, juntándose, dos corazones rasgaban el alma de un inocente.

Empero ella murió, y él quedó vengado. — ¿En dónde conocí yo la grandeza de la culpa? — Allá, en las embocaduras del Eridan, el día que esperando disputarla á la muerte, apretaba yo convulsivamente su pulso para contar las últimas pulsaciones, absorbía su aliento fugitivo, recogía con mis labios su respiración que estaba jadeando, besaba, ¡ay de mí! labios moribundos, ¡ay! yo estrechaba un cadáver, y lloraba desesperado (1).

(1) Ese sitio se halla cubierto de un velo de oscuridad, pues que despues de haberlo leído, me volví hácia Garibaldi diciéndole: — Lea usted esto, querido amigo; la cosa no me parece clara. Él leyó, en efecto; y un momento despues:

XXV.

LA CORRERÍA.

El general había decidido que yo saliese con tres buques armados para atacar las banderas imperiales, cruzando la costa del Brasil. Me preparaba á esta ruda mision, reuniendo todos los elementos necesarios. — Mis tres buques eran *el Rio Pardo*, mandado por mí, — *la Cassapara*, mandada por Griggs, — las dos goletas, — y *el Seival*, mandado por el italiano Lorenzo. Hallábase la laguna bloqueada por los buques de guerra imperiales; — pero salimos de noche sin la menor inquietud. — Anita, en adelante la compañera de toda mi vida, y por consiguiente de todos mis peligros, había absolutamente querido embarcarse conmigo.

Llegados á la altura de Santos, hallamos una corbeta imperial que nos siguió inútilmente dos dias. — Al segundo dia nos acercamos á la isla *de Abrigo*, donde cogimos dos barcas cargadas de arroz. —

— Es necesario que esto quede así, me dijo dando un suspiro. Dos dias despues me envió un cuaderno intitulado *Anita Garibaldi*.

Seguimos cruzando é hicimos algunas presas. A los ocho dias de navegacion, metí la cabeza en la laguna.

Yo no sé porqué, tenia yo un siniestro presentimiento, — por cuanto antes de partir noté que se manifestaba cierto descontento contra nosotros. Además, sabia que se acercaba un cuerpo considerable de ejército, mandado por el general Andrea, á quien la pacificacion *del Para* había dado una grande reputacion.

Cuando volvíamos de la isla de Santa Catalina, hallamos un buque de guerra brasileño. Estábamos con el *Rio Pardo* y *el Seival*. Hacia algunos dias que, en una noche oscura, *la Cassapara* se había separado de nosotros. Inmediatamente descubrimos el buque de guerra á nuestra proa, y lo embestimos con intrepidez. — Rompimos el fuego, y el enemigo respondió; pero el combate tuvo un mediano resultado á causa de que el mar estaba alborotado.

El resultado de este combate fué que perdimos algunas de nuestras presas, — á causa de que sus comandantes, viendo la superioridad del enemigo, se entregaron.

Los demás fueron á las costas vecinas.

Solo una de nuestras presas se salvó; la mandaba

Ignacio Bilbao, valiente vizcaino, que abordó con ella en el puerto de Imbituba, entonees en nuestro poder. *El Seival* tuvo su cañon desmontado y al mismo tiempo haciendo agua, tomó el mismo camino; entonces, hallándome solo é imposibilitado de estar en el mar, me ví en la necesidad de hacer como ellos.

Atracamos pues en Imbituba empujados por el viento nordeste; con este viento, nos era imposible entrar en la laguna, y por cierto que los buques imperiales estacionados en Santa Catalina, é informados por *el Andurinka*, buque de guerra que era el que atacamos, iban á venir en contra nuestra á atacarnos; era necesario, pues, prepararnos al ataque. El cañon desmontado á bordo del *Seival* fué izado sobre un promontorio que formaba la bahía del lado de levante, sobre el cual construimos una batería cubierta de gaviones.

En efecto, al dia siguiente al amanecer, vimos tres buques que se dirigian hácia nosotros. *El Rio Pardo* fué anclado al fondo de la bahía, y principió un combate muy desigual, siendo los imperialistas mas fuertes que nosotros.

Yo habia querido poner en tierra á Anita, pero ella no quiso, y como en el fondo del corazon admiraba yo su valor, no hice en esta circunstancia

como en las otras para obligar su voluntad despues de los primeros ruegos rechazados.

Favorecido el enemigo en sus maniobras por el viento que cruzaba, se mantenía á la vela, corriendo de un lado á otro y cañoneándonos con furor. De ese modo podia abrir con facilidad todos los ángulos de diversion de su fuego y lo dirigia todo á nuestra goleta. Sin embargo, nosotros nos batíamos con la mas obstinada resolucion, y estando tan cerca que podíamos servirnos de las carabinas, el fuego de ambas partes era sumamente mortífero; en razon de que éramos poca gente en comparacion á las fuerzas enemigas, nuestra pérdida era mucho mas grande que la del enemigo, y nuestra cubierta se hallaba llena de muertos y mutilados; mas, aunque el flanco de nuestro buque estaba acribillado de balas rasas, y aunque nuestra arboladura habia sufrido grandes averías, estábamos todos resueltos á morir antes que rendirnos. Es verdad que si tomamos esta generosa resolucion, fué por la presencia de la amazona que teníamos á bordo. No solamente Anita no quiso desembarcar, como queda dicho, sino que cogiendo una carabina, tomó parte en el combate; es preciso decir que estábamos sostenidos valientemente por el valeroso Manuel Rodriguez, comandante de nuestra batería de tierra, y mientras duró

el combate, sus tiros fueron dirigidos con muchísima habilidad y vigor.

El enemigo estaba muy enfurecido, sobre todo contra la goleta. Durante el combate lo ví algunas veces tan cerca, que creí nos quería abordar. En este caso hubiera sido el bienvenido. Estábamos preparados á todo evento.

En fin, despues de cinco horas de una lucha obstinada, el enemigo, con gran admiracion nuestra, se retiró; despues supimos que esta retirada fué á consecuencia de la muerte del comandante de la *Hermosa Americana*, muerte que puso fin al combate.

En este combate tuve una de las mas vivas y crueles emociones de mi vida. Mientras que Anita, sobre la cubierta, animaba nuestros hombres con sable en mano, una bala rasa la echó en tierra con dos de ellos. Brinqué hácia ella creyendo hallarla muerta; pero se levantó sana y buena, y los dos hombres estaban muertos. Entonces la rogué que bajara á la cámara.

— Sí, voy á bajar, dijo, pero es para hacer subir á esos cobardes que se han escondido.

Bajó, en efecto, y subió en seguida empujando delante de ella dos ó tres marineros llenos de vergüenza de ser menos valientes que una mujer.

El resto del dia lo empleamos en enterrar los muertos y en reparar los daños que el fuego enemigo hizo á nuestra goleta, y por desgracia, estos daños no eran pequeños. Al dia siguiente, los imperialistas no volvieron, y preparándose sin duda para atacarnos de nuevo, embarcamos nuestro cañon, nos dimos á la vela y nos dirigimos otra vez hácia la laguna.

Cuando el enemigo se apercibió que habíamos partido, estábamos ya lejos; sin embargo se puso á perseguirnos, y hasta el dia siguiente no nos dieron alcance; hicieron algunos disparos de cañon que no nos causaron ningun daño; de manera que entramos sin otra novedad en la laguna, donde fuimos festejados por los nuestros, que se maravillaban de vernos escapados de un enemigo tan superior en número.

XXVI.

LAGO DE IMERUI.

Otros sucesos se nos esperaban en la laguna.

Como los enemigos avanzaban por tierra contra nosotros en número tan superior que no había ninguna esperanza de resistirles, tanto mas cuanto, por otra parte, nuestra poca habilidad y nuestras brutalidades nos habían enajenado los habitantes de la provincia de Santa Catalina, que estaban prontos á levantarse y á reunirse con los imperialistas, como ya se habían levantado contra nosotros los habitantes de la ciudad de Imerui, situada á la extremidad del lago, recibí la orden del general Canavarro para castigar este desgraciado país con hierro y con fuego: me ví forzado á obedecer á pesar mio este mandato.

Los habitantes y la guarnicion habían hecho preparativos de defensa por el lado del mar; desembarqué pues á tres millas de distancia, y cuando ellos se creían seguros, los acometí por la parte de la montaña. Sorprendida y batida, la guarnicion se retiró

en dispersion, y nos quedamos dueños de Imerui.

Deseo para mí, como para toda criatura que no ha cesado de ser hombre, que no reciba jamás una orden como la que yo recibí, pues era tan positiva, que no había medio de separarme en lo mas mínimo de lo que en ella se me mandaba. Aunque existen largas y prolijas relaciones de hechos semejantes, creo que es imposible que la mas terrible relacion se acerque nunca á la realidad. Dios me mire con piedad y me perdone, pero en mi vida he tenido un día que haya dejado en mi alma un recuerdo tan amargo como este: nadie se hará una idea, dejando el saqueo libre, del trabajo que tuve y de los medios que empleé para impedir la violencia contra las personas, y circunscribir la destruccion al límite de las cosas inanimadas; sin embargo lo conseguí, aun mas de lo que esperaba; pero respecto de los bienes, me fué imposible evitar el desórden. Hice correr la voz que el enemigo, habiendo recibido refuerzos, volvía contra nosotros, pero todo fué inútil; y en efecto, si hubiera vuelto, hallándonos desbandados, hubiera hecho de nosotros una completa carnicería. Por desgracia, la ciudad, aunque pequeña, encerraba cantidad de almacenes llenos de vino y de licores alcohólicos, de manera que excepto yo,

que nunca bebo mas que agua, y algunos oficiales que pude contener en mi compañía, la borrachera fué casi general.

Añadamos á esto que mis hombres eran gente que apenas, yo conocia, y nuevos reclutas é indisciplinados por consiguiente. Solamente cincuenta hombres bien determinados, que hubieran venido á atacarnos de improviso, hubiesen dado buena cuenta de nosotros. En fin, á fuerza de amenazas y esfuerzos, pude conseguir volver á embarcar esas bestias salvajes desencadenadas.

Trajeron á bordo del buque algunos víveres y efectos salvados del saqueo, que fueron destinados á la division, y desembarcados, se volvió á la laguna.

Durante este tiempo, el coronel Texeira se retiraba con su columna de vanguardia de enfrente del enemigo, que avanzaba con rapidez y con fuerzas numerosas.

Cuando volvimos á la laguna, principiaron á pasar los bagajes y tropas á la orilla derecha.

XXVII.

NUEVOS COMBATES.

Muchísimo trabajé todo el día para operar el paso de la division sobre la orilla meridional, pues aunque las tropas eran poco numerosas, no se veia el fin de los bagajes y embarazos de toda clase. — Hácia el punto mas estrecho de la embocadura la corriente era violenta. — Trabajamos pues desde la salida del sol hasta el medio dia, y con la ayuda de las barcas que pudimos procurarnos pasó toda la division, sin otra dificultad notable.

A las doce del dia vimos la flotilla enemiga, compuesta de veinte y dos velas, que combinaba sus movimientos con las tropas de tierra, llevando á bordo de los buques, además de sus tripulaciones, un gran número de soldados. Púseme en la montaña mas cerca para observar al enemigo, y ví al instante que su plan era reunir sus fuerzas á la entrada de la laguna; dí parte al general Canavarro, é inmediatamente dió órdenes en consecuencia; pero, no obstante, nuestros hombres no llegaron á

tiempo para defender la entrada de la laguna. Una batería que levantamos en la punta del muelle, dirigida por el bravo Capotto, no pudo hacer mas que una débil resistencia, pues además de ser nuestras piezas de pequeño calibre, — estaban servidas desde luego por artilleros inhábiles. — Quedaban nuestros tres pequeños buques con la mitad de la tripulación; la otra mitad la mandaron á tierra para ayudar al paso de las tropas. Los unos por imposibilidad, los otros porque querian mejor estar lejos del combate que se preparaba, á pesar de la órden que les pasé, no se reunieron con nosotros, dejándonos así todo el peso de la lucha.

Durante esto, el enemigo venia sobre nosotros á toda vela, empujado por el viento y la marea.

Corrí á escape á bordo del *Río Pardo*, y ya mi valiente Anita habia comenzado el cañoneo; apuntando ella misma, botaba fuego con la mecha que tenia encendida en su mano, y dirigiendo la pieza, animaba con su voz á nuestros hombres un poco intimidados.

El combate fué terrible y mas encarnizado que se creía. Nosotros no perdimos mucha gente á causa que mas de la mitad se hallaba en tierra; pero de seis oficiales repartidos en los tres buques, solo quedé yo con vida.

Aunque nuestras piezas estaban todas desmontadas, el combate continuaba con las carabinas, y no cesamos un solo momento de hacer fuego todo el tiempo que tuvimos el enemigo en frente. Durante este combate, Anita estuvo á mi lado en el punto mas peligroso, no queriendo desembarcar, ni aprovechar un abrigo, desdeñando inclinarse, como hace el hombre mas valiente, cuando ve acercarse la mecha al cañon enemigo.

En fin, creí haber hallado un medio eficaz para alejarla del fuego.

La mandé, y fué necesaria una órden mia para que ella la obedeciese, y esto aun previendo la probabilidad que el hombre que llevaba esta mision hallaria algun pretexto para no volver; — la mandé fuera á decir al general que si queria enviarme refuerzo, le prometia entrar en la laguna y perseguiría á los imperiales de tal manera, que no desembarcarian aunque debiera yo con la tea en la mano incendiar su flota. Desde luego me prometió Anita que quedaria en tierra y me mandaria la respuesta con un hombre de confianza; pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que fué ella misma la que volvió! Me dijo que el general no tenia gente para mandarme refuerzo; al contrario, me ordenaba no quemase la flota enemiga, lo cual miraba él como

un esfuerzo desesperado é inútil, sino que me reuniese á él salvando las armas y municiones.

Yo obedecí la órden, y en medio de un fuego terrible que no cesó un momento, conseguimos transportar á tierra las armas y municiones, operacion que á falta de oficiales dirigia Anita, mientras que yo pasaba de un buque al otro, y ponía en el sitio mas inflamable el fuego que debía devorarlos.

Esta fué para mí una mision terrible, teniendo que pasar una triple revista de muertos y heridos. Era un verdadero matadero de carne humana, teniendo que marchar sobre los bustos separados de los cuerpos, y á cada paso se ponía el pié sobre uno de los miembros esparcidos. El comandante de *la Itaparika*, Juan Enriquez de la Raguna, se hallaba muerto con las dos terceras partes de su tripulacion; una bala rasa le hizo un agujero en el pecho por el cual podia pasar un brazo. El pobre Griggs, como queda dicho, estaba cortado en dos, de un tiro de cañon cargado de metralla. A la vista de tan triste espectáculo, me decia á mí mismo cómo me hallaba yo en vida habiendo corrido el mismo peligro que los demás.

Un momento despues una nube de humo cubria nuestros buques, y nuestros valientes muertos tu-

vieron al menos, — quemados sobre la cubierta de sus buques, — una hoguera digna de ellos.

Mientras que yo habia ejecutado mi obra de destruccion, Anita ejecutó su obra de salvamento. — Empero ¡de qué manera, Dios mio! de una manera que me hizo temblar. Para transportar las armas á la playa y volver á los buques, acaso hizo veinte viajes, pasando constantemente bajo el fuego del enemigo. Su lancha de transporte era de dos remos, y los pobres diablos que la acompañaban, á fin de evitar las balas de fusil y las balas rasas del enemigo se encorvaban tanto cuanto podian.

Empero ella, de pié en la proa, en medio de la metralla, aparecia derecha, serena y fiera como una estatua de Palas, y Dios, que extendia una mano sobre mí, la cubria con la sombra de esta misma mano.

Era casi de noche; reuní la gente y me incorporé en la retaguardia de nuestra division, en retirada hácia Río Grande, siguiendo el mismo camino que habíamos seguido algunos meses antes con el corazon lleno de esperanza, y precedidos por la victoria.

XXVIII.

A CABALLO.

En medio de las peripecias de mi arriesgada existencia, he tenido siempre dulces horas y buenos momentos, y aunque este en que me hallaba no parece á primera vista hacer parte de los que me han dejado un agradable recuerdo, lo reclamo sin embargo, si no lleno de felicidad, á lo menos como lleno de emociones.

A la cabeza de algunos hombres, restos de tantos combatientes que habian merecido con justo título el nombre de valientes, marchaba yo montado á caballo, orgulloso entre los vivos, orgulloso entre los muertos, y aun casi de mí mismo. A mi lado marchaba la reina de mi alma, la mujer digna de toda admiracion. Me lancé en una carrera mas atractiva que la de la marina: ¿qué me importaba á mí no tener, como el filósofo griego, mas que lo que llevaba conmigo? ¿de servir una pobre república que no pagaba á nadie, y que, aunque hubiera sido rica, yo no hubiese querido ser pagado? ¿No llevaba yo un sable ceñido, y una carabina colgada en mis ar-

zones? ¿No tenia yo á mi lado Anita, mi tesoro, cuyo corazon era tan ardiente como el mio por la causa de los pueblos? ¿No contemplaba ella los combates como una diversion, y como una simple distraccion la vida de los campos? El porvenir me sonreia sereno y afortunado; y cuanto mas salvajes y desiertas se presentaban las soledades americanas, mas deliciosas y mas hermosas me parecian.

Continuamos pues nuestra marcha retirándonos á las Torres, límite de las dos provincias, y allí establecimos nuestro campamento. El enemigo se contentó con tomar la laguna, y cesó de perseguirnos. Combinada la division Andrea con la division Acunha, que venia de la provincia de San Pablo, se dirigia hácia Cima-da-Serra, departamento de la montaña perteneciente á la provincia de Rio Grande.

Los montañeses amigos nuestros, atacados por fuerzas superiores, pidieron refuerzos al general Canavarro, quien les mandó una division á las órdenes del coronel Texeira. Nosotros hicimos parte de esta expedicion. Recibidos por los Serranos, mandados por el coronel Aranha, batimos completamente en Santa Victoria la division enemiga. Acunha se ahogó en el rio Pelatas, y la mayor parte de sus tropas quedó prisionera.

Esta victoria puso bajo el mando de la república los dos departamentos de Vaccaria y Lages, y entramos triunfantes en la capital de este último punto.

La noticia de la invasion imperial habia reanimado el partido brasileño, y Mello, jefe enemigo, reunió en esa provincia un cuerpo de quinientos hombres de caballería.

El general Bento Manuel, encargado de atacarlo, no pudo hacerlo á causa de su retirada, y se contentó con mandar al coronel Portinko en persecucion de Mello, que se dirigia á San Pablo.

Nuestra posicion y nuestras fuerzas nos ponian en estado, no solamente de oponernos á su paso, sino de concluir con él. La fortuna no quiso que así fuera. El coronel Texeira, con la incertidumbre de si el enemigo venia por Vaccaria ó por Coritibani, dividió sus tropas en dos cuerpos, mandando al coronel Aranha á Vaccaria con la mejor caballería, mientras que nosotros, con la infantería y algunos hombres de caballería de los prisioneros, marchamos hácia Coritibani.

Precisamente el enemigo venia por ese camino.

El haber dividido nuestras fuerzas, fué una fatalidad para nosotros: nuestra reciente victoria, el carácter ardiente de nuestro jefe, y las noticias que teníamos del enemigo, hacian que lo despreciáramos

mos demasiado. Al tercer dia de marcha llegamos á Coritibani, y nos acampamos muy cerca del Maromba, por donde se suponía debían de pasar los imperiales. Colocaron una guardia en la orilla, centinelas donde se juzgaron necesarias, y se echaron á dormir muy tranquilos.

Respecto á mí, la costumbre que tenia en esta clase de guerra, hizo que durmiese con un ojo abierto.

A eso de media noche, nuestra avanzada de la orilla del rio fué atacada con tanto ímpetu, que apenas tuvieron tiempo nuestros soldados de tirar algunos tiros contra el enemigo.

Al primer tiro me puse sobre piés gritando: ¡A las armas! A este grito todo el mundo despertó y se puso pronto en disposicion de combatir. En seguida que amaneció el dia, apareció el enemigo, pasó el rio y á poca distancia de nosotros, hizo alto formando en batalla. Cualquiera otro que Texeira, viendo que el enemigo era mucho mas superior en fuerzas, hubiera expedido correos al segundo cuerpo para que viniese á su socorro, y en el entretanto que Acunha hubiera llegado, pudiera haber divertido á su adversario; pero el valiente republicano temia que el enemigo se retirase, y por consiguiente perder la ocasion de batirlo. Se lanzó pues al com-

bate, sin inquietarse de la ventajosa posición que su adversario ocupaba.

Aprovechándose el enemigo de la desigualdad del terreno, estableció su línea de batalla en un monte bastante elevado, delante del cual se hallaba un valle obstruido de maleza, y además emboscó algunos pelotones en los flancos. Texeira ordenó el ataque, y en seguida se ejecutó su orden con mucho arrojo. Entonces el enemigo hizo una falsa retirada. Nuestra gente se puso en persecución del enemigo haciendo fuego; pero de repente fueron atacados por los pelotones emboscados que los nuestros no habían visto, y cortándoles por los flancos, se vieron precisados á volver atrás en desorden. En esta refriega perdimos uno de nuestros mejores oficiales, don Manuel N***, quien era muy querido de nuestro jefe. Empero nuestra línea fué pronto reformada, avanzó con nuevo ímpetu é hizo retirar al enemigo.

No hubo gran número de muertos ni heridos de una parte ni de la otra por haber entrado pocas tropas en fuego.

Sin embargo, el enemigo se retiraba con precipitación, y le seguimos enfurecidos; pero sus dos líneas de caballería fueron retirando por espacio de nueve millas, y no podíamos seguirle con nuestra

infantería. Al acercarnos al *Posa del Maromba*, nuestro jefe de vanguardia, el mayor Jacinto, avisó al coronel que el enemigo con gran desorden hacia pasar el río á todos sus bueyes y caballos, y que según él eso era una prueba que quería continuar la retirada. Texeira no vaciló un momento, dando orden á nuestro pequeño peloton de caballería de avanzar al galope, y me recomendó que lo siguiera con mi infantería.

Mas esa retirada no era más que un fingimiento de nuestro astucioso enemigo; y, desgraciadamente, esa disimulación le dió demasiado buen éxito. — A consecuencia de los accidentes de terreno y de la precipitación con la que lo franqueó, se hallaba fuera de nuestra vista, y, como dijo el mayor Jacinto, había pasado al otro lado del río sus bueyes y sus caballos, pero la tropa estaba escondida detrás de unas colinas cubiertas que la ocultaban completamente á nuestra vista.

Tomadas esas medidas, y dejando un peloton para proteger sus guerrillas, los imperiales, prevenidos de la imprudencia que habíamos tenido de dejar nuestra infantería detrás, hicieron una contramarcha, y al instante aparecieron trepando la fácil pendiente de un valle.

Nuestro peloton, que perseguía al enemigo en su

retirada falsa, fué el primero que se apercibió de la celada sin tener tiempo por consiguiente de evitarla, y el primero arrollado; los otros tres escuadrones sufrieron la misma suerte, y á pesar del valor y resolucion de Texeira y de algunos de nuestros oficiales de Rio Grande, en pocos instantes nuestra caballería fué batida y dispersada en todas direcciones.

Esta caballería, como queda dicho, se componia casi toda de los prisioneros de Santa Victoria, con quienes acaso contamos con ligereza; — en efecto, ellos no podian ser muy adictos á nuestra causa; — además, soldados nuevos llegados de provincia, poco acostumbrados al ejercicio del caballo, se dispersaron á la primera carga del enemigo, y á excepcion de algunos muertos, la mayor parte se rindieron prisioneros. — Yo no perdí nada de los incidentes de la catástrofe. — Montado á caballo, despues de haber excitado mis infantes á marchar lo mas rápidamente posible, me lancé adelante, y llegado á la cumbre de una colina, seguia con mi vista el triste resultado del combate.

Mis infantes hicieron todo cuanto pudieron para llegar á tiempo, pero fué en vano. — De lo alto de mi eminencia, juzgaba que era demasiado tarde para que ellos pudieran volver la victoria de nues-

tra parte, pero bastante pronto aun para impedir que no fuera todo perdido. — Llamé una docena de mis antiguos compañeros, los mas listos y mas valientes, y vinieron á escape. Dejé al mayor Peichotto encargado de los demás, y con este puñado de valientes tomé una cumbre de cerro, posicion fortificada por los árboles. — Allí hicimos frente al enemigo, quien vió que aun no era del todo vencedor, y de este modo servimos de punto de apoyo á los nuestros que aun no habian desesperado del todo. — El coronel, despues de haber hecho milagros de valor, se replegó á nosotros con algunos caballos; el resto de la infantería se reunió tambien sobre este punto, y entonces la defensa se hizo terrible y encarnizada.

Sin embargo, fuertes en nuestra posicion, cuando nos hallamos setenta y tres reunidos, nos batimos con ventaja, por cuanto careciendo el enemigo de infantería y estando poco acostumbrado á batirse contra esta arma, nos cargaba inútilmente; quinientos hombres de caballería, brillantes y enorgullecidos de la victoria, se pararon delante de algunos hombres resueltos, sin que se atreviesen á dar una carga. — Sin embargo, á pesar de esa ventaja momentánea, era preciso no dar tiempo para que reuniera el enemigo sus fuerzas, cuya mayor

parte perseguía aun los dispersos, y sobre todo era de toda necesidad que nosotros buscáramos un refugio mas fuerte que el que ocupamos hasta entonces. — Un bosque distante de media milla se presentó á nuestra vista y nos dirigimos hácia él. En vano el enemigo buscaba medios para dispersarnos, en vano nos atacaba cuando hallaba una ocasion, todo fué inútil.

Fué una ocasion en la que todos los oficiales llevaban una carabina, y como nosotros éramos hombres aguerridos, de cualquier lado que el enemigo se presentase le hacíamos frente. Retirando así hasta que llegamos á nuestro refugio, el enemigo no se atrevió á cargarnos. Llegados al bosque, pudimos descubrirlo y lo esperamos hasta la noche.

El enemigo nos gritaba de todas partes: ¡Cuartel! pero nosotros no respondíamos.

XXIX.

LA RETIRADA.

Cuando llegó la noche nos préparamos á partir y tomar el camino de Lages; pero no sucedió así, porque el mayor Peichotto no podia andar á causa de su herida del pié.

A las diez de la noche, habiendo colocado los heridos lo mejor que nos fué posible, emprendimos nuestra marcha abandonando la montaña y siguiendo nuestro bosque, el cual es acaso el mas grande que hay en el mundo, pues se extiende desde el Plata y se encadena con el de las Amazonas, coronando las crestas de la sierra de Espinasso sobre una extension de treinta y cuatro grados de latitud; no conozco la extension de longitud, pero debe ser inmensa.

Los tres departamentos de Cima da Sierra, de Vaccaria y Lages, se hallan (me parece haberlo ya dicho) situados en los claros de ese bosque. Coritibani, especie de colonia formada por los habitantes de Coritiba, en el distrito de Lages, provincia de Santa Catalina, era el teatro del suceso que acabo